

Violencias sociales



MARTÍN SERRANO, M. y VELARDE HERMIDA, O. (2015): *Violencias sociales. Los agresores y las víctimas que son menores*. Barcelona: UOC, 201 pp.

Desde la perspectiva sociohistórica con que está escrito, el libro que a continuación se presenta enriquece los estudios sobre la infancia, adolescencia y juventud en España. Las violencias ejercidas y sufridas por menores son un objeto de estudio de difícil abordaje, pero lo es más cuando se trata de discernir qué papel desempeñan en este fenómeno los cambios, las condiciones y las estructuras sociales que en unos casos previenen, pero en otros contribuyen a que esas violencias se produzcan.

Es de agradecer, por tanto, que la UOC haya publicado este imprescindible trabajo de investigación llevado a cabo por los profesores de la Universidad Complutense de Madrid Manuel Martín Serrano y Olivia Velarde Hermida¹, acreditados investigadores que, desde los ámbitos de la Sociología y la Comunicación, cuentan con un amplio historial de estudios relacionados con la familia, la infancia, la juventud y los medios de comunicación, abordando en diferentes trabajos el complejo fenómeno de las vio-

lencias que afectan a estos grupos de población².

Antes de continuar, quiero advertir que esta reseña se ha escrito a modo de *guía rápida* sobre los principales contenidos de la obra, de modo que los interesados puedan obtener una visión panorámica y suficiente de los mismos. Pienso que en un contexto de investigación y docencia como el universitario, pero también en el ámbito de las actividades profesionales y de gestión de políticas públicas, es útil contar con resúmenes de este tipo. He intentado ser muy respetuoso con la manera en que los autores exponen sus ideas; y qué mejor para ello que utilizar en la medida de lo posible sus propias expresiones, aunque cualquier error que pueda haber cometido al respecto es de mi exclusiva incumbencia.

El libro trata de la implicación de los niños, niñas y adolescentes en las violencias sociales, incluyendo también a quienes han cumplido ya los dieciocho años, mientras que continúen en centros escolares. Los autores toman en cuenta tanto a quienes ejercen la violencia, como a los que son víctimas de ella, sobrepasando el ámbito familiar para tomar en consideración las condiciones sociales y la responsabilidad que en la producción y reproducción de la violencia tienen el resto de instituciones socializadoras, principalmente la escuela y los medios de comunicación.

Olivia Velarde y Manuel Martín Serrano vienen estudiando los cambios en el lugar que ocupan las personas jóvenes y sus familias en la sociedad, así como las trans-

¹ Olivia Velarde Hermida es Doctora en Comunicación y Manuel Martín Serrano es Doctor d'État ès Sciences et Lettres humaines, ambos profesores de la Universidad Complutense de Madrid.

² En esta línea, entre otros trabajos realizados conjuntamente por Olivia Velarde y Manuel Martín Serrano cabe destacar el titulado *Conflictos de la vida cotidiana que generan violencias en los hogares*, publicado por el Ayuntamiento de Madrid en 2009.

formaciones que vienen aconteciendo en las funciones que estos grupos de población desempeñan. Han mostrado que dichos cambios están vinculados con modificaciones de los comportamientos, de las identidades y visiones del mundo de las sucesivas generaciones juveniles; y con la reconfiguración de las representaciones referidas a la juventud en la comunicación pública. Este libro expone la relación entre esas transformaciones y las violencias sociales que implican a menores como víctimas o agresores; su aportación contribuye a entender los orígenes de dichas violencias y a prevenirlas.

El enfoque utilizado por Velarde y Martín Serrano es netamente sociológico, con el que dan cuenta de las causas estructurales de las violencias, si bien han tomado en consideración los conocimientos biosociológicos y psicológicos que aportan otros estudios. Su trabajo es “propio de investigadores de las violencias que trabajan con colectivos y diseñan políticas públicas, preventivas o paliativas, destinadas al conjunto de los niños, adolescentes y jóvenes”. Su manera de entender las violencias la expresan metafóricamente como “el volcán abierto en la superficie de la cotidianeidad, por profundas tensiones estructurales, que se generan con los movimientos históricos que remodelan la sociedad” (p. 8).

Las preguntas que los autores tuvieron presentes cuando decidieron escribir este libro son, según confiesan, las siguientes:

“¿Por qué, entre los y las menores que recurren a la violencia contra otros menores, en ocasiones contra adultos, y casi siempre en contra de ellos mismos, han aparecido nuevas tipologías?

¿Qué tienen ahora de característico y de distinto, nuestros menores que violentan?

¿Qué habría que cambiar para preservar a nuestros menores, de la implicación en las violencias sociales, como víctimas o como agresores?” (p. 169).

Como ellos explican, la perspectiva sociohistórica empleada persigue reconocer la violencia cuando aún es potencial. Este tipo de enfoques tienen sentido para fundamentar y orientar políticas preventivas, disuasorias o paliativas de las violencias. Es el motivo por el cual este trabajo es, sin duda, útil para las instituciones que se ocupan de las violencias sociales que implican a menores; así como para los distintos profesionales (docentes, psicólogos, mediadores...) que desempeñan su labor en contacto con los niños, adolescentes y jóvenes.

El libro muestra los vínculos que existen entre las violencias que implican a menores y las transformaciones que se están produciendo en nuestras sociedades. Está organizado en ocho capítulos, el último de ellos a modo de síntesis; y se cierra con una amplia bibliografía que recoge, nada menos, desde 1930 hasta 2014 los principales estudios, investigaciones, obras teóricas y publicaciones de diverso tipo en las que los autores se han basado para la realización de su estudio. En sí misma esta selección es de gran valor para quienes deseen orientar sus investigaciones en este ámbito. Otra importante característica de este libro es su claridad expositiva y los abundantes cuadros y esquemas que contiene.

El **primer capítulo**, introductorio, está dedicado a la presentación de la obra, la población objeto de estudio, la perspectiva con la que está escrita, su contenido y proceso de realización, así como las fuentes analizadas y los destinatarios a los que va dirigida.

Desde el primer momento -y hasta el final de la obra- los autores subrayan la utilidad y conveniencia de poner el énfasis en la *socialización*, más que en la simple *adaptación* a la sociedad de los niños y jóvenes; explicando la violencia en la que los menores se ven implicados como un problema asociado en buena medida a la dificultad que para ejercer su función socializadora experimentan en esta época de cambios instituciones como la familia, la escuela y los medios de comunicación.

No es sólo que la sociedad fracase a la hora de evitar el surgimiento de la violencia; parece además “necesario” socializar a los menores en ella, distinguiendo entre violencias “buenas” y “malas”. Agresividad y violencia no son categorías equivalentes; y tampoco puede conceptualizarse del mismo modo la violencia en los primeros años de infancia que las que aparecen más adelante en la adolescencia y la juventud. En cualquier caso, son ya muchos los estudios que han señalado el papel de la familia, la escuela, el grupo de iguales (compañeros, amigos) y “las pantallas” (los medios audiovisuales de comunicación) en la socialización de la agresividad primigenia, influyendo en la adquisición de pautas de conducta sociales o insociables.

En el **capítulo dos** se examinan los componentes culturales de las violencias que implican a menores; y como parte de ese examen: las relaciones entre el estado de la sociedad y las manifestaciones de agresión y de violencia en las que se ven concernidos, pues “en cada época hay correspondencias entre las características de las nuevas generaciones de niños, adolescentes y jóvenes y el modo en el que la sociedad las acopa en el seno de su organización”, es necesario tomar en consideración los aspectos históricos y culturales relativos a la violencia.

Para abordar la naturaleza de las violencias sociales que implican a menores los autores establecen primero las características estructurales de las interacciones violentas y los roles sociales que son propios de estas manifestaciones violentas, configurándose un *sistema de interacción violento*.

A continuación tratan los conflictos entre la producción de la violencia y la lucha contra ella en la transmisión de valores a las nuevas generaciones, basándose en la dramatización de la violencia en nuestra sociedad, la distinción entre violencia “buena” y violencia “mala” y legitimidad o ilegitimidad de dicha violencia, llamando la atención sobre la valoración instrumental que se hace de la violencia en la formación de menores, ya que desde las instituciones no se condena ni justifica por igual toda acción violenta, dependiendo a menudo esta distinción de valoraciones etnocéntricas que ponen en valor la defensa del grupo, de “lo nuestro”, frente a quien supone una amenaza.

La valoración social de la violencia se realizará según criterios de conveniencia para el grupo, no en principios de validez universal. Ciertamente, esta diferencia tiene que producir necesariamente efectos socializadores en el uso de la violencia, cuya consecuencia es orientar a los jóvenes a utilizar la violencia cuando convenga y contra quienes convenga, convenciendo “a los y las más jóvenes de que el recurso a la agresión constituye el método adecuado e inevitable para sobrevivir” (p. 37).

El **capítulo tres** abunda en el proceso que fluye de la agresividad primigenia a la violencia infantil, considerando el papel de tres sistemas socializadores: la escuela, la familia y los medios audiovisuales.

Se trata la escolarización y la aparición de las violencias disociales y las relaciones entre conflictividad y violencia juvenil, confiriendo importancia a las primeras relaciones y experiencias que en los centros educativos los menores establecen con las personas adultas; además del aprendizaje de las violencias en los centros educativos y la contribución de este sistema a la violencia iniciática.

Los autores distinguen, siguiendo a la OMS, entre violencias de naturaleza "disocial" y violencias "antisociales". Las violencias infantiles responden al primer tipo, que se reconocen porque se apartan de forma reiterada de determinadas normas en los juegos o en las relaciones cotidianas. Las violencias "antisociales" van más allá y son más propias de edades más avanzadas, cuando de forma intencionada se atentan contra las reglas de convivencia. El fracaso escolar es un factor que alimenta desde muy temprano las relaciones entre agresividad e inadaptación. Este fracaso "es al mismo tiempo síntoma y componente de dos graves deterioros: el de las habilidades sociales y el de la autoestima" (p. 41).

Los vínculos con las personas adultas son un factor clave en la familia y durante el primer periodo de escolarización, de donde van a decantarse en buena medida los *modelos de relación* a seguir. En el ámbito del hogar el menor puede ser incorporado a una *cadena generacional de violencias* donde "el maltrato se aprende". El sistema educativo, por su parte interviene para fortalecer la identificación del joven al grupo de pertenencia y aclarar cuándo son "necesarias" (por tanto, "buenas" y "legítimas") o "innecesarias" (por tanto, "malas" e "ilegítimas") las violencias sociales.

Por último, se aborda el aprendizaje de las violencias en los materiales audiovisua-

les mediante la presentación de las relaciones entre las personas y entre los grupos, donde se constatan modelos reiterados en los relatos conforme a los cuales se cultiva el etnocentrismo, la endogamia y el belicismo. Velarde y Martín Serrano señalan que son ya muchos los estudios que, desde los años sesenta del siglo XX hasta hoy coinciden en sus conclusiones: a más exposición a la violencia mediática más probable es que los jóvenes se manifiesten más autoritarios, racistas, irracionales, fatalistas, inseguros y agresivos (p.47).

Los niños, adolescentes y jóvenes quedan así atrapados en las violencias estructurales que fomentan las familias, la escuela y los medios de comunicación. Las violencias sociales están relacionadas con los conflictos de poder dentro de los grupos y entre grupos sociales diferentes. Esto también es aplicable a la violencia en las que se ven implicados los menores. Lo singular de la situación actual es que "con el paso de la economía de mercado a la globalizada, se está regresando a criterios de división social elementales. Concretamente la edad, el sexo y la raza vuelven a poseer el mayor valor explicativo de los fenómenos sociales" (p. 48). Dos condiciones irrevocables influyen especialmente en la identidad y funciones de los jóvenes: 1) la edad y 2) la condición de hijo o hija.

"Sabemos que los niños son el grupo con mayor riesgo de sufrir violencia en los hogares; que los adolescentes son los más afectados por las violencias en los centros donde desenvuelven su vida; y que los jóvenes representan el colectivo más agredido en los lugares públicos" (p. 49).

La mayor parte de las violencias prescrites que corresponden a estas edades son -dicen los autores- por *inducción*, cuando la violencia se ejerce por ser joven o para ser aceptados como jóvenes, o

por *omisión*, cuando a los jóvenes se les priva de recursos “para ajustar el ritmo de su inserción en la sociedad con las etapas de su maduración biológica y mental” (p. 49). Por otra parte, la condición de hijo o hija hace que los menores sean a menudo víctimas de las violencias que se ejercen en el seno de la familia, a veces recibiendo directamente las agresiones y otras como testigos de la violencia patriarcal dirigida contra sus madres.

“La interiorización, durante la infancia de estos modelos agresivos y humillantes de relaciones entre los sexos, dificulta la existencia de identificaciones equilibradas con las figuras materna y paterna. Así se favorecen las posibilidades de que los y las menores sean maltratados cuando lleguen a adultos; y de que a su debido tiempo, se comporten como otros maltratadores familiares” (p. 51).

El **capítulo cuarto** profundiza en el tránsito y transformaciones de la violencia infantil a la juvenil, considerando el proceso que abarca desde la escuela infantil hasta la terminación de la enseñanza obligatoria y, como parte de él, las sucesivas modalidades de la violencia entre los y las menores. El recorrido del menor durante sus primeros años de vida va a influir en los rasgos de personalidad del o la adolescente y a traducirse en una mayor o menor capacidad para afrontar el mundo y las relaciones con otras personas.

Así, se tratan las manifestaciones de la violencia cuando llega la adolescencia y las características evolutivas de la adolescencia relacionadas con la violencia, con especial atención a los factores que contribuyen a una adecuada construcción de una identidad propia en esta etapa de la vida.

A partir de cierta edad, la violencia puede transformarse de reacción en estrategia, como un método para conseguir logros (p. 54). Al inicio de la adolescencia,

normalmente en el ámbito escolar, el niño o la niña violenta frecuentemente conseguirá tres cosas: una posición de liderazgo, protección frente a las agresiones, e inmunidad (p. 55).

Los autores abordan los usos de la violencia durante la adolescencia, distinguiendo entre la violencia *material* (dirigida contra personas o contra bienes) y la violencia *simbólica* o *moral* (revestida de un lenguaje agresivo, despectivo y amenazante), identificando en sendos cuadros las manifestaciones explícitas de ambos tipos de violencia.

De nuevo se retoma el papel de los centros escolares en la formación y el funcionamiento de violencias organizadas, señalando el carácter estructurado y sistemático de la violencia durante el primer ciclo de enseñanza; y el perfil tanto de los y las agresores como de las víctimas, identificando, además, las situaciones de estas últimas que están prescritas y que son predecibles.

Los autores profundizan en el tránsito del conflicto entre menores a la violencia organizada e ideológica, significando con ello el tránsito de la violencia infantil a la juvenil. Identifican los factores de riesgo que pueden conducir a la continuación de la violencia en los centros de enseñanza media; y los que amortiguan el riesgo de adoptar pautas violentas; y sistematizan el papel de la adolescencia en la desaparición de la violencia infantil y en su relación con la violencia juvenil.

“El cambio más importante que cabe observar en el papel de la violencia, cuando se pasa desde la infancia a la adolescencia, es el siguiente: La violencia se transforma de una conducta reactiva en otra instrumental” (p. 70).

Es importante apreciar el cambio de funciones que experimenta la violencia

durante la adolescencia, pasando a convertirse en una violencia instrumental e, incluso, ideológicamente organizada. A tal efecto, los autores señalan los rasgos que distinguen a las violencias adolescente y juvenil de la conflictividad infantil.

“Al final de la adolescencia y en el inicio de la etapa joven, la violencia que apuntó durante la infancia frecuentemente ya está organizada y aparece ideologizada. Es un importante cambio, porque significa que las agresiones han dejado de ser episodios privados o restringidos a la comunidad escolar, para funcionar además como comportamientos públicos que afectan a otros colectivos” (p. 72).

El capítulo se cierra con un interesante cuadro que recoge, a modo de recapitulación, las sucesivas modalidades de la violencia entre los y las menores. Así, desde el inicio de la escolarización hasta más o menos los 9 años podemos hablar de *violencia reactiva*, después hasta los catorce de *violencia adaptativa* y desde los 15 hasta los 19 y más, de *violencia organizada e ideologizada* (p. 75).

En el **capítulo quinto** se describen y analizan las condiciones y circunstancias que concurren en las violencias que implican a menores, teniendo en cuenta las dinámicas del estar en el mundo y los marcos sociohistóricos y personales. Cuatro tipos de condiciones delimitan esos marcos: a) condiciones institucionales, b) condiciones existencias, c) el entramado persona-medio y d) las predisposiciones genéticas.

Dentro de las condiciones institucionales los autores señalan los siguientes factores:

1) el retraso en la incorporación a la vida adulta y, como parte de él, el desencanto y la falta de logro, como estimuladores de la violencia.

“La edad en la que empieza a encontrarse menores que han llegado a la conclusión de que no controlan su futuro se ha adelantado desde hace más de tres décadas a la segunda infancia. Y es un sentimiento generalizado desde mediados de los años noventa. Una reacción muy común consiste en limitar las aspiraciones, e incluso los esfuerzos al presente. El *presentismo* es uno de los rasgos más generalizados y característicos de las nuevas generaciones” (p. 81).

2) el relevo de los socializadores y la transformación de los valores para la convivencia.

“Concretamente, la tolerancia para con la violencia tiene que ver con la penuria de estímulos morales e intelectuales que formen a los y las menores para que apliquen el imperativo categórico («no hagas a los demás lo que no quieras que a ti te hagan»)” (p. 83).

Y 3) una mayor dependencia del grupo de iguales, para la participación social y la autoestima. En este aspecto se examina el papel de los pares o “iguales” en la satisfacción de las demandas específicamente juveniles; y el atractivo que para la satisfacción de sus necesidades suscitan en algunos jóvenes los grupos violentos. Abordan así el papel de las pandillas anómicas en la configuración de la violencia; y la influencia combinada de los grupos anómicos y de los materiales audiovisuales violentos que consumen los jóvenes.

Respecto a las condiciones existenciales, los autores ponen el acento en la violencia que padecen los y las menores en el seno de sus hogares y en los centros escolares. También analizan las mediaciones que generan violencia y violentos en la comunicación y la información, señalando tanto el manejo de la imagen pública de los y las menores, centrada en un supuesto conflicto entre generaciones, como las características de los contenidos que pro-

mueven la disposición a la violencia en menores. Dentro de esas condiciones existenciales se refieren a la escasez de espacios terciarios de diversión y encuentro, el significado y uso del tiempo y, en particular, las salidas de fin de semana y la violencia de grupos provocadores que gustan de exhibirse en esos espacios.

En continuidad con este aspecto se aborda la transformación de los consumos de riesgo en hábitos sociales y su relación con las violencias, señalando las funciones del consumo social durante la adolescencia y la primera juventud y el papel del alcohol y otras drogas en los encuentros con el grupo. En este examen se explicitan las edades promedio en las que diversas muestras de adolescentes se inician en el consumo de sustancias psicotrópicas; y se termina destacando importancia a la prevención de las violencias y de las adicciones de fin de semana.

“A nuestro juicio, el enfoque más correcto sería, en la mayor parte de los casos, afrontar el papel del alcohol y de las drogas en los encuentros de adolescentes y jóvenes, en clave de respuesta a las necesidades que genera en estas etapas de la vida la exclusión social” (p. 105).

“Pueden reducirse las manifestaciones violentas de los fines de semana, si se les ofrece a adolescentes y jóvenes, otras ocasiones, actividades y ámbitos diferentes, en los que encontrarse como grupo y como individuos” (p. 106).

En el tercero de los condicionantes, el entramado persona-medio, los autores se refieren a las violencias relacionadas con las exclusiones sociales de los y las menores; al desmoronamiento de la cultura y de las formas de vida que pueden relacionarse con estas violencias; y a la relación entre violencias y pérdida de horizontes existenciales.

Señalan los vínculos de las anomias con las violencias durante la minoridad y la vinculación del *presentismo* con la violencia, vinculándose este último aspecto con el menosprecio de las conductas productivas y el desarrollo de violencias especialmente dañinas cuando el *presentismo* se acompaña del cinismo y lleva asociado menosprecio a las personas débiles y diferentes. En este marco anómico-presentista se produce la legitimación de las personalidades y comportamientos autoritarios; y se alimenta el autoritarismo en la población de adolescentes y jóvenes, fenómeno que acontece a la par que una creciente desconfianza de los menores en las instituciones y una mayor justificación de las actitudes y prácticas de autodefensa.

Finalmente se abordan las predisposiciones genéticas como cuarto condicionante, siendo los factores más recurrentes: factores neurológicos y reacciones bioquímicas asociadas a disfunciones cerebrales; bajo coeficiente intelectual; y características psicomotoras especiales, principalmente la hiperactividad. Estos aspectos no son objeto de análisis en este libro, pero sí lo es la incidencia de los factores ambientales en las predisposiciones de origen genético, los cuales desencadenan, amplifican o incluso crean las conductas violentas que implican a menores (p. 117).

En el **capítulo sexto** se examinan los actores sociales que inciden en las violencias que implican a menores. En primer lugar se hace referencia a las competencias e incompetencias de los y las menores que violentan y en la responsabilidad y competencias de los menores, en la adquisición y manifestación de comportamientos violentos.

A continuación, se analizan las competencias e incompetencias de las familias y la

responsabilidad de la institución familiar en la producción de menores violentos, revisando algunas ideas establecidas acerca del papel y misión que se le confía a las familias y que realmente cumplen éstas en la prevención de las violencias sociales que implican a menores.

En particular, es objeto de análisis el papel de la familia en el tránsito de la socialización en el hogar al civismo, con dos requerimientos que se someten a examen: a) la transformación del vínculo familiar en solidaridad colectiva; y b) que las familias sustituyan a otras instancias socializadoras. Los autores indagan en los cambios demográficos y culturales y la transformación de las familias en las violencias que afectan a menores, señalando las dificultades específicas de las nuevas familias que se reflejan en el aumento de estas violencias.

“Se le pide a la familia que el vínculo endogámico de adhesión que rige o se supone que debe de regir en el hogar llegue a convertirse en solidaridad hacia los otros y en civismo” (p. 125).

“En general, los pequeños que estén sujetos a prácticas de crianza que generen una socialización pobre tienen mayor riesgo de verse envueltos en problemas graves, incluidos los que derivan de ser víctimas de violencias o participantes en actos violentos” (p. 128).

En tercer lugar analizan las incompetencias asociadas a la virtualización de la información y de las intervenciones, abordando las principales influencias relacionadas que este fenómeno ejerce sobre las mentalidades y los comportamientos agresivos en niños, adolescentes y jóvenes, en particular: a) las influencias más tempranas que se observan en menores violentos; b) las influencias en la conformación de la agresividad y el prejuicio; c) la incorporación del acto violento en las interacciones

con las nuevas pantallas; y d) el desigual enfrentamiento de las familias con “las pantallas violentadoras”.

Finalmente, se retoma el examen de los centros escolares desde el punto de vista de sus competencias e incompetencias en la socialización juvenil, señalando cómo puede darse la participación del sistema educativo en la generación de violencia.

Concretamente esa participación se realiza a través de la orientación de los planes educativos, cuyos contenidos reafirman la distinción entre violencia buena y violencia mala bajo el criterio de protección del grupo frente a la amenaza exterior. También se produce mediante la vinculación entre violencia y fracaso escolar, aspecto de los que Velarde y Martín Serrano recogen los factores más relevantes que vinculan a estos fenómenos en tres niveles de importancia (p.138).

En relación a la escuela la violencia se aborda también desde a) el punto de vista de la insuficiencia del espacio escolar para la formación en valores; y b) la implicación de los centros educativos en el diagnóstico y la erradicación de la violencia. Los autores hacen explícitos los principales efectos de la violencia en los centros educativos, de modo que la tolerancia hacia la violencia crea más violencia y no son en absoluto inocuas las respuestas evasivas por parte de la institución docente, influyendo además, en el propio profesorado y en su desempeño docente con riesgo de que las respuestas ante la violencia sean erróneas.

“Ese desencuentro se pone de manifiesto cuando los/as alumnos/as reprochan a sus profesores/as, la gran distancia afectiva que tienen respecto a ellos. Cabe optar por el autoritarismo; o alternatively, por el «dejar hacer». A corto plazo estas opciones pueden resultar «cómodas» pero lejos de resolver el problema, lo agravan” (p. 144).

El **séptimo capítulo** trata sobre el maltrato a menores en sus hogares. Los autores abordan cuáles son las circunstancias determinantes de ese maltrato y sus factores de riesgo, así como las incidencias y dinámicas que favorecen dinámicas familiares que conducen al maltrato a menores en sus casas, por parte de los padres o de quienes cumplan funciones equiparables. Señalan en particular las asimetrías familiares que pueden derivar en malos tratos y las perversiones del amor que se satisfacen con violencias que padecen los y las menores.

“Las carencias materiales y las dificultades emocionales suelen considerarse los factores más determinantes de las violencias que padecen los y las menores en sus hogares” (p. 147).

Seguidamente, abordan las modalidades y características del maltrato que los menores sufren en sus hogares, deteniéndose en aquellos que infringen daño físico. Entre otros aspectos, Velarde y Martín Serrano dejan constancia a) de la extensión de las violencias físicas contra menores en los hogares españoles; b) de los desencadenantes de las violencias físicas que infringen los familiares a sus menores; c) de las características de los agresores y las agresoras; y d) de la tolerancia social con el maltrato físico de menores en sus hogares.

De modo específico, los autores se refieren a los abusos sexuales y a las violaciones contra menores en sus hogares, a su extensión y los rasgos que caracterizan a quienes les agreden. También se tratan los maltratos psíquicos y la privación de relaciones en el hogar, sus efectos y secuelas en los menores, teniendo en cuenta a) la edad y el sexo de las víctimas, y b) el manejo temprano del autoerotismo y la erotización de los afectos.

Como colofón, se hace referencia a la naturaleza estructurada y predecible de los maltratos de menores en sus hogares, donde es posible identificar las características distintivas de agresores y de víctimas; y los factores que aumentan el riesgo de que menores y jóvenes lleguen a padecer en los hogares violencia física y sexual.

“Tan predecibles son los rasgos del agresor o de la agresora, como las circunstancias del niño o de la niña que sufre estas violencias. Por consiguiente la prevalencia y configuración de los maltratos de menores en sus hogares está relacionado con las características de las familias. Y eso significa que los funcionamientos familiares que acaban en las violencias que implican a menores están considerablemente marcados por la organización de la sociedad en su conjunto” (p. 165).

El **capítulo ocho** es una síntesis de los principales contenidos del libro, relativos a las características de los menores violentos y de las causas que los producen. Se exponen las nuevas tipologías de menores que recurren a la violencia, basadas en la inserción social; así como los fundamentos para las tipologías basadas en la forma de manejar las condiciones de vida y los capitales existenciales; y los indicadores que predicen la producción de menores violentos. Se describen los rasgos de los y las menores que desarrollan comportamientos violentos y los factores externos implicados en su generación, señalando las características actuales de la socialización de menores, que producen violentos y violencias y el repertorio de indicadores de mala socialización.

Detrás del comportamiento violento de los menores hay problemas sociales más generales que los explican. Estamos ante un fracaso del papel socializador de las diferentes instituciones: familiares, escola-

res, comunicativas... Olivia Velarde y Manuel Martín Serrano se refieren a qué se puede hacer para disminuir las violencias que implican a menores y para llegar a erradicarlas. Según los autores “tenemos los datos necesarios para asegurar que la mayor responsabilidad en las nuevas formas de violencia está fuera de los hogares”: entre otras, las prácticas urbanísticas, la falta de escrúpulos en el mercado del ocio y el tiempo libre, las empresas que comercian con materiales violentos, las políticas neoliberales que retraen recursos para la satisfacción de las necesidades primarias de las familias (p. 180).

La conclusión a la que los autores llegan en este libro es la siguiente:

“El aumento de las violencias sociales que implican a menores es otro de los estragos debidos a los abusos de la propiedad, de la posición o del poder. Se producen cuando se genera pobreza y segregación. Y también cuando se promueve la competitividad y la irracionalidad” (p. 180).

“Disminuir la explotación, aumentar la justicia y la solidaridad son las formas más eficaces y más baratas, de reducir los costes sociales que tiene la violencia para las víctimas, para los y las violentos, para todos y todas, menores y adultos” (p. 181).

Para lograrlo es esencial que las políticas reorienten el papel de las distintas instituciones socializadoras, además de las familias: la enseñanza reglada, los sistemas de comunicación e información, legisladores y jueces, políticos y sistema productivo. Terminan los autores con un alegato a favor del compromiso de los científicos y el papel de las ciencias sociales y humanas para mejorar la vida social:

“La violencia no es un sino con el que se nace, sino un yugo que se le impone a cada generación. Desde que hay ciencias sociales y humanas, siempre ha habido quienes lo

han dicho y quienes han investigado para que alguna vez esa condena pueda ser revocada. A la espera de que cuanto antes, ese decir y ese averiguar ya no sean necesarios” (p. 182).

Para poner punto y final a esta reseña deseo insistir en la utilidad que para los consultores u otros expertos en políticas públicas reviste el trabajo de Olivia Velarde y Manuel Martín Serrano. Son tiempos en los que las contradicciones sociales se agudizan, manifestándose graves desajustes entre las dinámicas macrosociales y la vida cotidiana de amplios sectores de la población; brechas de las que cabe esperar dificultades crecientes para la convivencia pacífica entre las personas y entre los grupos sociales.

Si queremos evitar esas quiebras no podemos simplemente descargar en los individuos y en las familias la responsabilidad de sus desgracias, abandonarlas a su suerte o protegernos de ellas cuando nos molestan o amenazan, es necesario por tanto afrontar, una vez más, el problema de qué sociedad queremos, con qué valores, reglas y organización, no ya sólo como un futuro hacia el que avanzar, sino como una praxis inscrita aquí y ahora en la gestión de lo público y en todos los ámbitos de la vida cotidiana.

Francisco Javier MALAGÓN TERRÓN

Universidad Complutense de Madrid

fjmalagon@ccinf.ucm.es